

LA TEORÍA DE MARGARET MAHLER SOBRE EL DESARROLLO PSICOLÓGICO DEL INFANTE: SU ESTATUTO METAPSICOLÓGICO Y EL LUGAR DE LA OBSERVACIÓN

Martínez, Ariel; Mirc, Andrea

CONICET - Universidad Nacional de La Plata. Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales. Ensenada, Argentina.

RESUMEN

El nacimiento psicológico del infante humano (1978) constituye una pieza clásica dentro de la literatura del desarrollo psicológico temprano. Allí Margaret Mahler junto a sus colaboradores incluyen aportes del psicoanálisis para explicar el proceso evolutivo normal al que denominan separación-individuación. Desde finales de la década de 1970, este libro se ha integrado al canon de la bibliografía existente utilizada para complejizar y amplificar lo que décadas antes Donald Winnicott denominó desarrollo emocional primitivo. En este trabajo, nos interesa adoptar un registro epistemológico en el cual reflexionar sobre el carácter intrapsíquico, por un lado, y el lugar de la observación, por otro lado, en el escrito de Mahler bajo exégesis. Para el despliegue del primer tópico nos orienta el siguiente interrogante: si aceptamos que el modelo de Mahler no incluye claves conceptuales provenientes de la perspectiva intersubjetiva, ¿debemos inferir de esta exclusión su carácter intrapsíquico? Encontramos aquí una ocasión para señalar que los modelos que apelan a la observación, pese a sus intenciones, no pueden despojarse absolutamente de la especulación teórica.

Palabras clave

Metapsicología - Observación - Intersubjetividad - Desarrollo

ABSTRACT

MARGARET MAHLER'S THEORY. PSYCHOLOGICAL DEVELOPMENT OF THE INFANT: METAPSYCHOLOGICAL STATUS AND THE STATUS OF OBSERVATION

The Psychological Birth of the Human Infant is a classic piece in the literature of early psychological development. There Margaret Mahler and her collaborators include contributions from psychoanalysis to explain the normal evolutionary process which they call separation-individuation. Since the late 1970s, this book has been integrated into the canon of existing literature used to complexify and amplify what decades earlier Donald Winnicott called primitive emotional development. In this work, we are interested in adopting an epistemological point of view in which to reflect on the intrapsychic character, on the one hand, and the status of observation, on the other hand, in Mahler's

writing. If we accept that Mahler's model does not include conceptual keys from the intersubjective perspective, should we infer from this exclusion its intrapsychic nature? We find here an occasion to point out that models that appeal to observation, despite their intentions, cannot be completely stripped of theoretical speculation.

Keywords

Metapsychology - Observation - Intersubjectivity - Development

Introducción

El nacimiento psicológico del infante humano (1978) constituye una pieza clásica dentro de la literatura del desarrollo psicológico temprano. Allí Margaret Mahler junto a sus colaboradores incluyen aportes del psicoanálisis -tal como ha sido recepcionado en Norteamérica- para explicar el proceso evolutivo normal al que denominan *separación-individuación*. Desde finales de la década de 1970, este libro se ha integrado al canon de la bibliografía existente utilizada para complejizar y amplificar lo que décadas antes Donald Winnicott (1945) denominó *desarrollo emocional primitivo*. Sin embargo, durante la década de 1990, y a caballo de la noción de intersubjetividad (Benjamin, 1996), se consolidan perspectivas interpersonales (Stern, 1991) o relacionales (Brazelton & Cramer, 1993) que cuestionan profundamente algunas de las premisas sobre las que descansa el modelo teórico de Mahler.

Los enfoques relacionales señalan que, en todo el proceso que Mahler despliega, esto es, los preludios (*autismo* y *simbiosis* normales) así como la *separación-individuación* misma, parecen desatenderse aspectos fundamentales para consolidación del yo y del objeto emocional vinculados con la influencia de las figuras significativas reales a cargo de la crianza. Esta crítica ubica a la teoría del desarrollo de Mahler como un proceso predominantemente si no endógeno al menos intrapsíquico que, como tal, sigue fases más o menos fijas y universales, al tiempo que excluye la complejidad de las interacciones tempranas no mediadas por las tempranas organizaciones psíquicas del infante.

En este contexto, nos interesa adoptar un registro epistemológico

gico en el cual reflexionar sobre el carácter intrapsíquico, por un lado, y el lugar de la observación, por otro lado, en el escrito de Mahler bajo exégesis. Para el despliegue del primer tópico nos orienta el siguiente interrogante: si es cierto que el modelo de Mahler no incluye claves conceptuales provenientes de la perspectiva intersubjetiva, ¿debemos inferir de esta exclusión su carácter intrapsíquico? Para el despliegue del segundo tópico nos orienta el hecho de notar que, si bien la teoría intersubjetiva cuestiona aspectos de la teoría de Mahler contruidos a partir de la observación directa de infantes, la conducta observada no es puesta en cuestión, sino el modo en que se interpreta a partir de los esquemas en los que los observables se insertan. Sin duda esto amerita una reflexión acerca del modo en que se suele apelar a la observación directa como estrategia para jerarquizar modelos contruidos en función de coordenadas empíricas por sobre modelos metapsicológicos teóricamente cincelados. Encontramos aquí una ocasión para señalar que los modelos que apelan a la observación, finalmente, tampoco pueden despojarse absolutamente de la especulación teórica.

I.

En trazos generales, Mahler propuso que, al momento de su nacimiento biológico, el infante se encuentra sumergido en un estado de total indiferenciación al que denominó *autismo normal*. Esta fase se caracteriza por una distribución de la libido propia de un “sistema monádico cerrado, autosuficiente en su realización alucinatoria de deseos” (Mahler, 1977, p. 53). Al respecto, la autora apela inmediatamente a la analogía entre un sistema psicológico replegado en sí mismo con el huevo de ave evocado por Freud. La cáscara constituye una barrera antiestímulo que franquea cualquier contacto con el mundo externo, y la función de quién se encuentra a cargo de los cuidados se limita a proveer calor. Este estado de semisueño y semivigilia se encuentra poblado por procesos fisiológicos y acelerados cambios madurativos. En palabras de Mahler, “prevalece un estadio de narcisismo primario absoluto, marcado por la falta de conciencia del infante respecto de un agente maternante” (p. 54).

Por motivos poco explicados, entre los que se señalan los efectos de la maternación y la complejización de un equipo primario de autonomía por la maduración del sistema nervioso central, comienza a cobrar forma “una oscura conciencia de que uno mismo no puede proveer la satisfacción necesaria” (p. 54), correlativa a “un desplazamiento progresivo de la libido desde dentro del cuerpo (...) hacia su periferia” (p. 54). Esto da inicio a la *fase simbiótica normal*, caracterizada por “una oscura conciencia del objeto que satisface las necesidades” (p. 56). El infante y su madre constituyen “un sistema onnipotente, una unidad dual dentro de un límite unitario común” (p. 56).

Mahler opta por apoyarse en observaciones de pautas conductuales como forma de poner límite a las explicaciones especulativas de procesos propios del mundo interno. Esto no sólo la vincula estrechamente con los aportes de René Spitz (1965),

también la aleja parcialmente de la práctica del modo en que la escuela inglesa construye sus modelos metapsicológicos en torno a la noción de relación objetal. Al igual que Spitz, Mahler vincula estrictamente los incipientes logros psicológicos con la maduración de la plataforma somática de la que dependen. Se trata de mecanismos somáticos y fisiológicos que, al inicio, componen un equipamiento aún no apto para la autopreservación. Al respecto, Mahler señala que “el yo rudimentario (aún no funcional) (...) tiene que complementarse con la relación emocional establecida mediante el cuidado materno, una especie de simbiosis social. Dentro de esta matriz de dependencia fisiológica y sociobiológica respecto de la madre ocurre la diferenciación estructural que lleva a la organización del individuo para la adaptación: el yo en funcionamiento” (p. 57).

Es claro, el modelo del desarrollo que la autora propone como eje rector el surgimiento y la consolidación del yo un funcional equipado para la adaptación. El fortalecimiento de este yo cada vez más autónomo se complementa, necesariamente, con aspectos emocionales que se ponen en juego con la progresiva diferenciación entre el yo y el objeto (total), es decir, la madre o agente maternante, a quien el yo inviste libidinalmente. Así, gracias a esta catexia de objeto, surge “el afecto específico de anhelo ligado a un objeto” (p. 58), la madre.

La fuerte carga psicoanalítica de los términos por los que Mahler opta no debiera confundirnos. Es cierto, la autora echa mano a la noción de *libido* para dar cuenta, bajo el término *catexia*, del enlace emocional entre el infante y el objeto que satisface sus necesidades. Sin embargo, lejos de trasladarnos al espesor fantasmático del mundo interno al que alude Klein bajo la égida de los instintos, la ambivalencia y el sadismo, Mahler reduce todo espesor metapsicológico del término para homologarlo, finalmente, al modo en que un sí-mismo psicofisiológico primigenio y, luego, un yo funcional autónomo y adaptado, se enlaza con un objeto significativo respecto del cual ha logrado separarse en el campo de la representación.

Ahora bien, una lectura apresurada podría conducirnos a la conclusión de que los procesos a los que atiende Mahler son intrapsíquicos. Después de todo, la emergencia de un yo enlazado con un objeto diferenciado desde una órbita simbiótica transcurre en el plano de la representación. El otro, físicamente separado, existe como presencia no diferenciada de sí mismo. Ocurre que ni siquiera hay sí mismo, por tanto, el otro aún no se ha constituido como objeto. El proceso al que Mahler refiere parece aludir a la posibilidad de registrar mentalmente, mediante el aparato sensorio-perceptivo, la existencia separada del otro. Se trata, entonces, de un proceso psicológico aunque no intrapsíquico, al menos si no estamos dispuestos a renunciar a coordenadas metapsicológicas que recortan la especificidad de lo psíquica más allá de sus complejos nudos con lo madurativo-biológico. Tomemos como ejemplo la siguiente afirmación de Mahler: “fenómenos expulsivos, así como la gratificación que se obtiene con las atenciones de la madre, ayuda al infante a

diferenciar con el transcurso del tiempo entre calidad de experiencia ‘placentera’/‘buena’ y otra ‘penosa’/‘mala’” (p. 56). La obvia alusión a Klein, sin embargo, no se acompaña de las explicaciones metapsicológicas kleinianas que, más allá de las críticas que podamos efectuar a la psicoanalista inglesa, cercan procesos específicamente intrapsíquicos.

La relación de los intereses psicológicos de Mahler con el psicoanálisis es ambivalente. Y, del mismo modo en que utiliza el léxico psicoanalítico, afirmamos que los procesos psicológicos que Mahler postula son *superficiales*. A esta idea de *procesos de superficie* adjudicamos dos sentidos. Uno de ellos epistemológico puesto que Mahler paga la huida de la especulación metapsicológica poblando su modelo teórico con términos psicoanalíticos desprovistos de profundidad. El lector psicoanalíticamente informado podría reponer el espesor faltante en la utilización que la autora realiza de las múltiples referencias que sobrevuelan su escritura. Pero, si somos rigurosos con el contexto epistémico que estructura la propuesta de Mahler, la oquedad de los términos queda de manifiesto por ejemplo cuando la noción de libido queda reducida exclusivamente con aspectos madurativos ligados a la sensorio-percepción.

Otro ejemplo de oquedad metapsicológica del modo en que Mahler emplea términos psicoanalíticos señalan las categorías de Winnicott que pueblan las páginas de la autora. Pese a referir a fenómenos transicionales, por ejemplo, Mahler finalmente adopta explícitamente un modelo de adaptación con respecto a una realidad plenamente objetiva existente más allá de los confines de la mente del infante.

Si reservamos la coordenadas de la metapsicología freudiana para aludir a un registro intrapsíquico, entonces, en un segundo sentido, teórico, el modelo de Mahler es superficial dado que su apego a los índices conductuales sin saltos inferenciales profundos, es decir, sin apelar a reflexiones metapsicológicas propias o referenciadas en marcos teóricos existentes, la conducen a empirizar conceptos que provienen de marcos explicativos disonantes con respecto a su posicionamiento epistemológico. Está claro que, en el contexto norteamericano, vincular explicaciones de cuño psicoanalítico con la elección de Mahler por construir un modelo apoyado por la observación, y su preocupación por respaldar empíricamente sus explicaciones, no genera un conflicto epistemológico en la autora. Pero si no renunciamos a la metapsicología como marco de referencia propiamente psicoanalítico, entonces no podemos notar que la relación de Mahler con el psicoanálisis se encuentra epistemológicamente frustrada.

Un sentido más banal también respalda la idea de que los procesos que Mahler explica no son intrapsíquicos, sino de superficie. Como su modelo se preocupa por el logro de la individualidad y la autonomía, enfatizando la separatividad, no llama la atención la prioridad de la construcción y consolidación de la superficie rígida que separa el yo del no-yo. La profundidad metapsicológica del proceso de cómo se construye la tópica psíquica, de cómo se diferencian las instancias y cómo se emplaza el yo, con sus múl-

tiples y complejas consecuencias para el desarrollo psicológico, se ve reemplazada por una preocupación por las pautas de interacción concretas entre el bebé y la madre, en tanto otro cuidador a cargo de los cuidados. ¿Tiene prioridad el otro como agente maternante externo al infante, o más bien se trata del otro como representación psicológica diferenciada del yo? Una vez más, ya hemos criticado la idea de que la utilización del término libido por sí mismo pueda inscribir en el registro de lo intrapsíquico aquel proceso mediante el cual el infante establece una particularísima relación con el objeto, pero ¿el modelo psicológico de Mahler asigna un lugar preponderante a los efectos que la madre, en tanto centro autónomo de experiencia (externa a la mente del niño) tiene sobre el desarrollo del infante? En otras palabras, ¿la teoría de Mahler incluye la noción de intersubjetividad?

II.

Es preciso recordar que en el modelo teórico de Mahler, *la simbiosis normal*, entre los 2 y los 4 meses, da lugar un proceso de *separación e individuación* producido en reorganizaciones sucesivas o fases. Mahler observa una incipiente diferenciación progresiva, entre los 4 y los 10 meses, apoyada en adquisiciones madurativas. Ésta se incrementa con la separación física del infante respecto de la madre en un período que va desde los 9 hasta los 18 meses. Por el contrario, Bowlby (1969, 1973, 1980) consideró que el objetivo evolutivo central entre los 9 y los 18 meses es conseguir un apego seguro, un estado de confianza emocional básica. El incremento de la movilidad física debido al acceso del infante a la marcha vertical libre durante este período es puesto al servicio de conseguir una mayor proximidad con la madre puesto que esto le permite sentirse seguro.

Algunas indagaciones, como las de Karlen Lyons-Ruth (1991), centradas específicamente en la subfase denominada *acercamiento*, la cual se extiende desde los 15 a los 24 meses de edad, ponen en tensión las hipótesis de Mahler con las investigaciones realizadas desde la teoría del apego. Tanto Mahler como Bowlby respaldan sus teorías con observaciones sistemáticas de relaciones tempranas madre-infante. Sin embargo, el carácter diferencial de las coordenadas teóricas en las que se incrustan las observaciones permite extraer conclusiones disímiles a partir de hechos similares. Durante el período que va desde los 9 a los 20 meses, Mahler consideró que los comportamientos de los infantes que dan cuenta de un despliegue de la autonomía como de manifestaciones de ambivalencia forman parte de lo esperable durante el desarrollo. Es claro que, para las claves interpretativas de Mahler que ponderan como logro del desarrollo la individuación, la separación y la autonomía, toda manifestación conductual vinculada con la falta de preocupación por la ausencia materna, e incluso la ausencia de ansiedad frente extraños, es interpretada como signo de confianza básica.

En la línea señalada, Mahler interpreta como un hito esperable de la subfase de *acercamiento*, entre los 15 y los 24 meses, la presencia de ambivalencia en aquellos infantes que intentan

establecer contacto con sus madres luego de un momento de distanciamiento. Desde el punto de vista de Mahler, la cada vez más contundente toma de conciencia del niño respecto al hecho de que la madre es otro separado, renueva una ansiedad de separación que encuentra su clímax alrededor de los 15 meses. La autora detecta esta ambivalencia en aquel comportamiento infantil que cavila entre el deseo de separarse de la madre, por un lado, y de reunirse con ella, por otro. Esta conducta, teñida por la ambivalencia subyacente, extrae su fuerza de un conflicto entre “el deseo de estar separado y ser grande y omnipotente, por una parte, y hacer que la madre satisficiera mágicamente los deseos sin tener que reconocer que en realidad llegaba ayuda del exterior, por otra” (Mahler, 1977, p. 110). Para Mahler estas conductas refieren al temor a ser reengolfado por parte de la madre peligrosa investida narcisísticamente.

Ahora bien, como ya hemos enfatizado, cuando los constructos teóricos subyacentes cambian, los mismos observables se interpretan de modo diferente. Si para Mahler es esperable que, durante la subfase de *acercamiento*, el infante busque refugiarse en la madre (deseo de acercamiento) y huir de ella (miedo a la fusión) al mismo tiempo, para Bowlby, en cambio, esa pauta conductual constituye un indicador de un tipo de apego inseguro, evitativo o desorganizado. Varios teóricos del apego que han continuado con el trabajo de Bowlby, como Mary Ainsworth, señalan que, alrededor de los 12 meses, el vínculo con la madre provee al infante una base segura. Se separa de ella para explorar el entorno y regresa a ella ante situaciones angustiantes o cuando necesita seguridad y confort. La teoría del apego ha construido, a partir de las observaciones sistemáticas, cuatro patrones de respuesta de apego frente a la separación, siendo el patrón de apego seguro el que se evidencia con mayor frecuencia en infantes de diversos contextos geográficos. Por otra parte, los patrones de apego seguro se muestran estables entre los 12 y los 18 meses, incluso existe ausencia de conductas ambivalentes hacia los 20 meses de edad.

Mahler considera la ambivalencia como característica del desarrollo normal, para los teóricos del apego, la ambivalente señala patrones de apego evitativo, por ejemplo, infantes que no manifiestan ninguna emoción cuando quedan en un ambiente desconocido en ausencia de la madre. Ante estas circunstancias, no sólo manifiestan indiferencia ante la ausencia de la madre, también explora y es amigable con adultos extraños. Al regreso de la madre, el infante no reacciona ante este hecho, incluso no la busca con la mirada y se aleja si ella intenta acercarse. Como es sabido, esta indiferencia es ponderada positivamente por observadores que guían sus interpretaciones con el modelo del desarrollo de Mahler.

Para la teoría del apego, la ambivalencia que tiñe las respuestas del niño durante el segundo año no se debe a una pérdida de la omnipotencia. Sucede que Mahler no incluye aspectos del psicoanálisis relacional, esto la aleja de considerar a la madre sin que ella esté supeditada a la relación de objeto libidinal que

el niño establece paulatinamente en su mente. La franca inclusión de aspectos interpersonales permite a los teóricos del apego afirmar que la ambivalencia es consecuencia de las dificultades de las madres para establecer una relación segura y reconfortante con su hijo. Mahler invoca las dificultades del infante con su figura de apego en numerosos fragmentos de su producción, pero, una vez más, tales observables, enunciados aladañamente, no logran engramarse en un marco conceptual que les permita cobrar existencia en el corpus teórico sustancial de su propuesta.

Como fuere, la ambivalencia jamás podrá constituir signo de progreso evolutivo si es que la consideramos como un indicador de la imposibilidad de establecer una figura segura de apego, mucho menos si nuestro prisma teórico no entrona la separación. Para Lyons-Ruth (1991) sería más pertinente dar cuenta del desarrollo como un proceso de apego-individuación y no de separación-individuación, después de todo, el infante el infante busca y mantiene lazos estables con sus cuidadores. Pero, sin dudas, para un modelo del desarrollo cuyo fin normativo es exclusivamente la separación y la individuación, el apego y la conexión y con otros significa regresión narcisista al estado simbiótico y no progreso adaptativo.

En este punto, cabe recordar que, a criterio de Mahler, *separación* e *individuación* constituyen dos procesos que corren en paralelo. No es ocioso recordar que, la separación del niño respecto de su madre, cuyos destellos podemos ubicar a finales de los preludios del nacimiento psicológico, se resuelve al final de la línea del desarrollo trazada con la adquisición de la constancia de objeto emocional. Este logro supone la integración, en una representación intrapsíquica estable, de aspectos tanto positivos como negativos de la madre, lo que permitiría tolerar la ausencia física de la misma. La separación física de la madre se vuelve indicador de autonomía puesto que da cuenta de la capacidad del niño para persistir en sus propósitos incluso cuando esto supone oponerse y confrontar con la madre. Para Mahler es condición de dicha separación un proceso intrapsíquico que permite la progresiva diferenciación entre el yo y el objeto. La representación del objeto, en un primer momento, está dividida en representaciones buenas y malas. Al tercer año de vida las representaciones se integran y así se supera la ansiedad producto de las representaciones negativas que hasta ese momento no estaban integradas. Una vez más, la retórica kleiniana utilizada por Mahler se encuentra vacía, pues no es fiel al contexto semántico del cual extrae estas ideas. En la teoría kleiniana, la integración a la que refiere Mahler ocurre 30 meses antes. Por tanto, la noción de objeto, y los procesos que lo constituyen, al que refieren ambas autoras no puede ser el mismo aunque en ambos casos concierne a la madre.

Lyons-Ruth (1991) siembra una duda respecto a la integración sobre la que descansa la constancia de objeto emocional según Mahler. Si, en principio, el infante no puede diferenciar una representación de sí mismo y una representación del otro, ¿cómo

podría separar las representaciones buenas de las malas en torno a la madre? Evidentemente Mahler refiere a conductas ambivalentes, pero si nos movemos en el mismo campo observacional que Mahler promulga esa misma ambivalencia no es característica de los infantes antes de los 15 meses, período en que las representaciones objetales estarían escindidas.

Observaciones finales

Mahler ha legado una teoría sobre desarrollo psicológico anclada en la observación rigurosa. Sin embargo, sus ideas encierran el límite del horizonte histórico, metodológico y epistemológico en el que forjó su propuesta conceptual. Es indudable que necesitamos conceptos más complejos que el de *separación-individuación* para comprender el desarrollo emocional en la infancia. Estos conceptos deben incluir aportes contemporáneos provenientes de otras disciplinas.

Hasta aquí hemos visto cómo Mahler, entre otras autoras pertenecientes a su mismo contexto, proponen una línea empírica de trabajo que involucra un modelo relacional temprano capaz de validar o refutar las teorías propuestas para la comprensión, en última instancia, del origen y las transformaciones del aparato psíquico. Pero la vía de la observación no siempre parece ser el camino más acertado para tal propósito, sobre todo cuando la observación se ve involucrada con marcos epistemológicos empiristas subsidiarios a posturas como el realismo ingenuo. Ya hemos notado, en estas mismas páginas, cómo las investigaciones de Mahler y Bowlby coincidieron en el tiempo y utilizaron la misma metodología. En estos casos hemos atestiguado cómo supuestos de partida diferentes dan lugar a diferentes concepciones del desarrollo, en cada caso firmemente asentadas en los mismos datos. Es evidente que la ansiedad por contrarrestar la oscuridad impenetrable que envuelve a los orígenes de la psique no puede ser combatida con datos empíricos. En algún sentido, el salto inferencial que Mahler realiza, como toda interpretación teórica de datos, no la aleja de la especulación metapsicológica, como la que realiza Klein, que ella misma rechaza.

También hemos visto que Mahler acude a referencias propias del psicoanálisis de las relaciones objetales como piezas clave para su teorización sobre el desarrollo. Sin embargo, curiosamente, no considera la fantasía como motor del psiquismo. Aquí, asumimos claves metapsicológicas que ubican los aspectos pulsionales en torno a la sexualidad como lo más propio del psicoanálisis, hemos juzgado que esto impide inscribir los procesos que Mahler teoriza en un registro intrapsíquico. Aun así, la autora pretende moverse en este registro. Hemos señalado que el modo en que Mahler utiliza del léxico psicoanalítico no hace justicia a la metapsicología freudiana ni kleiniana. También es preciso notar que las referencias psicoanalíticas que rondan la noción de objeto, más allá de la singularísima forma superficial en que las emplea, la conduce a privilegiar el campo de la representación del otro y, por tanto, a descuidar el lugar del otro real externo en el desarrollo. Así vemos que para Mahler,

la madre puede modular pero no es un vector decisivo en el desarrollo emocional temprano. Por ejemplo, la ansiedad de separación se debe a que el infante pierde omnipotencia. Por este motivo, busca nuevamente a la madre como modo de recuperar el poder perdido. Sin embargo, el *acercamiento* genera temor a la fusión debido a que previamente el infante ha atacado en su fantasía a la madre. En suma, finalmente, la madre como otro externo que incide cabalmente en el desarrollo se encuentra desdibujada por de procesos internos pertenecientes al plano de la representación que, una vez más, si bien Mahler enuncia con términos tales como fantasía, omnipotencia, catexia libidinal, nada de eso encuentra espesor metapsicológico más allá de los términos mismos. ¿Cuál es la conclusión? La teoría de Mahler no da cuenta de aspectos intrapsíquicos, tampoco de aspectos intersubjetivos que ubican a la madre como otro sujeto en tanto centro autónomo de experiencias respecto de infante.

Los teóricos del apego, por su parte, han centrado su observación en el vínculo y en la interacción. En tanto figura de apego, la madre opera como regulador emocional clave para la estructuración y desarrollo del psiquismo. Sin embargo, el énfasis de esta perspectiva en las reacciones y respuestas diferenciales del otro real externo de acuerdo a las necesidades emocionales del infante echa por tierra el movimiento pulsional y sus complejos vínculos con la transformación y complejización psíquicas y el lugar del otro en este entramado pulsional.

Las miradas norteamericanas que se articulan en la intersección del psicoanálisis de las relaciones objetales y la psicología norteamericana, carecen de espesor metapsicológico. Dos parecen ser las vías para saldar este deuda. Por un lado, la perspectiva teórica de Benjamin (1996) introduce la perspectiva intersubjetiva sin que ello suponga la elisión de un enfoque intrapsíquico en los términos que aquí interesa destacar. Por otro lado, Silvia Bleichmar es un vivo ejemplo de la posibilidad de no renunciar a la metapsicología sin que esto suponga cortar lazos con aspectos reales y materiales del vínculo con el otro, delimitables retrospectivamente mediante observables. Sólo sugerimos estas dos vías propositivamente que, sin duda, son tema de otro trabajo.

BIBLIOGRAFÍA

- Benjamin, J. (1996). *Los lazos de amor. Psicoanálisis, feminismo y el problema de la dominación*. Buenos Aires: Paidós.
- Bowlby, J. (1969). *Attachment and loss: Vol. 1. Attachment*. New York: Basic Books.
- Bowlby, J. (1973). *Attachment and loss: Vol. 2. Separation*. New York: Basic Books.
- Bowlby, J. (1980). *Attachment and loss: Vol. 3. Loss, sadness, and depression*. New York: Basic Books.
- Brazelton, B. & Cramer, B. (1993). *La relación más temprana. Padres, bebés y el drama del apego inicial*. Buenos Aires: Paidós.
- Lyons-Ruth, K. (1991). Rapprochement or approachment: Mahler's theory reconsidered from the vantage point of recent research on early attachment relationships. *Psychoanalytic Psychology*, 8(1), p. 1-23.



Mahler, M., Pine, F., & Bergman, A. (1977). *El nacimiento psicológico del infante humano. Simbiosis e individuación*. Buenos Aires: Marymar.

Spitz, R. (1965). *El primer año de vida del niño*. Buenos Aires: FCE.

Stern, D. (1991). *El mundo interpersonal del infante. Una perspectiva desde el psicoanálisis y la psicología evolutiva*. Buenos Aires: Paidós.

Winnicott, D. W. (1945). Primitive emotional development. *The International Journal of Psychoanalysis*, 26, p. 137-143.